

Noel Ceballos

El pensamiento conspiranoico

Terraplanismo, Illuminati, ufología o cómo
la paranoia se ha convertido en la herramienta
perfecta para pensar el mundo



Terraplanismo, Illuminati, ufología o cómo la paranoia se ha convertido en la herramienta perfecta para pensar el mundo.

¿De dónde surge el pensamiento conspiranoico? ¿Por qué tanta gente está convencida de que un pequeño y poderoso grupo de personas maneja el mundo en secreto y en contra de los intereses de la gente de a pie? ¿Qué razones tenemos para creer que la civilización tal y como la conocemos está al borde del colapso y que se aproxima un nuevo orden mundial? ¿Es Bill Gates el culpable de todo lo que ocurre en nuestro planeta?

Para Noel Ceballos, la conspiranoia es un marco paranoico con el que enfrentarse a un mundo cada vez más complejo y caótico. Una fórmula mágica con la que reordenar la cacofonía informativa cotidiana hasta dar con una narración satisfactoria. Pero las teorías conspirativas actuales no son nuevas, sino meras actualizaciones de elaboradísimas falsedades o burdas mentiras –con apariencia de verdad– que llevan siglos circulando por las sociedades occidentales.

Desde la Revolución francesa hasta el coronavirus, pasando por los Illuminati, los ovnis, el asesinato de JFK, el terraplanismo, el MK-Ultra, el cambio climático, Facebook, el 5G o la oscura sombra del antisemitismo, este libro viaja del pasado al presente para crear una suerte de Teoría Unificada de la Conspiranoia, siempre bajo la premisa de que podemos descubrir mucho acerca de una sociedad si echamos un vistazo a sus peores pesadillas.

*Para Pedro, Esther y Manuel:
el único conciliábulo del que formaría parte*

INTRODUCCIÓN

HACIA UNA TEORÍA DE LA MENTE CONSPIRANOICA

Piensa en Bill Gates.

Y ahora describe aquello que ves.

Hasta mediados del año 2020, lo que la inmensa mayoría de encuestados respondería a esa extraña petición sería algo en la línea de: «magnate norteamericano de la informática, cofundador de Microsoft, astuto –si bien proverbialmente despiadado con la competencia– empresario, paradigma de Silicon Valley, padre de la revolución tecnológica que puso un PC en cada domicilio entre las décadas de 1970 y 1990, constante termodinámica en cualquier lista que la revista Forbes haya elaborado desde el advenimiento de Windows, filántropo, codirector (junto a su esposa Melinda) de la fundación privada de caridad más grande del mundo, impulsor de numerosas iniciativas científicas encaminadas a la lucha contra enfermedades como la tuberculosis o la malaria, protagonista de una miniserie documental en Netflix (*Inside Bill's Brain: Decoding Bill Gates*) francamente recomendable para lo que suelen ser estas cosas, enemigo íntimo de Steve Jobs, escritor del *best seller Camino hacia el futuro*^[1], autor de la frase “El ordenador nació para resolver problemas que antes no existían”, la encarnación quizá más perfecta del arquetipo

nerd en la cultura popular, tan multimillonario que nuestro cerebro se haría daño si realmente intentase pensar en ello (gafas, jerséis de colores aburridos, sonrisa eterna, más o menos simpático, más o menos afable, más o menos buen tipo)».

Ya sabes. Bill Gates.

O, al menos, lo que antes entendíamos por «Bill Gates». En 2015, nuestro hombre concedió una TED Talk en la que aseveraba que «si algo mata a unos diez millones de personas durante las próximas décadas, es más probable que se trate de un virus infeccioso que de una guerra»^[2]. Durante los primeros compases de la crisis del coronavirus, esta charla comenzó a circular por internet como prueba, quizá concluyente, de que Gates tenía una bola de cristal en alguna de sus casas. Pero eso no era todo: a mediados de marzo de 2020, la Bill & Melinda Gates Foundation donó cien millones de dólares a la *Coalition for Epidemic Preparedness Innovations* (CEPI). Lanzada en Davos tres años atrás, la CEPI es una alianza de fondos públicos, privados y filantrópicos dedicada a financiar el desarrollo de vacunas para combatir enfermedades infecciosas emergentes, así como a mejorar los niveles de respuesta colectiva en caso de crisis sanitaria. La fundación empezó también a trabajar, junto a Wellcome Trust y Mastercard, en la creación de una aceleradora terapéutica para mejorar la forma de detectar, aislar y tratar la covid-19 en todo el mundo, iniciativa a la que también se sumaron donantes privados de la talla de Madonna, Mark Zuckerberg, Priscilla Chan o Zhang Yiming, el fundador de TikTok. El matrimonio Gates llevaba años anticipando un posible escenario pandémico y preparando las respuestas inmediatas que deberían darse si finalmente se desarrollaba, luego eso explica por qué pasaron por su fundación la inmensa mayoría de iniciativas para atajar el virus que surgieron en las primeras semanas de alarma. El tipo lo advir-

tió en su charla: la próxima catástrofe humana no iba a ser bélica, sino microscópica.

Lo cual nos lleva a la pregunta: «¿qué vemos cuando pensamos en Bill Gates?», pues durante los Tiempos del Corona ha empezado a surgir una inquietante nueva respuesta a la, hasta ahora, sencillísima pregunta. En concreto, asistimos al desarrollo de una narrativa que lo coloca en el centro neurálgico de una operación en dos fases: primero, la diseminación invisible de una enfermedad sintetizada en laboratorio; simple tapadera para conseguir que, en el paso número dos, la población mundial acepte de buen grado ser inoculada con una vacuna que, por supuesto, llevaría incorporada una letra pequeña en forma de microchips de lavado y reprocesamiento neuronal. Gates, como arquitecto supremo de un plan de dominación global (o, como mínimo, de control poblacional a gran escala) que lo sitúa más cerca del villano clásico de James Bond^[3] que del filántropo *techie* con documental en Netflix.

A efectos de percepción popular, su figura se desdobra en papeles antagónicos de redentor/corruptor de la humanidad, hasta el punto de animar a gente (a la que, hasta hace solo unos meses, no podría importarle menos lo que hiciera o dejase de hacer el segundo hombre más rico del mundo^[4]) a concentrarse en eventos como, por ejemplo, el celebrado en la madrileña plaza de Callao el 14 de junio de 2020, donde un puñado de personas prescindieron tanto de mascarilla como de distancia social para entonar un pegadizo cántico: «Bill Gates a prisión, a prisión, a prisión». La manifestación, apoyada por el llamado «Colectivo Resistencia Democrática», tenía por objetivo protestar contra el Nuevo Orden Mundial y exhortar al presidente del gobierno, Pedro Sánchez, a que dimitiese de inmediato. Esto es, al menos, según un tuit de Rafael Palacios (@rafapal), quien se define en la red social como un seguidor de «la energía libre, las verdades censuradas,

la historia oculta y la conspiración». Cuatro términos que no suelen aparecer entre las noticias destacadas del día... hasta que, de repente, lo hacen. O hasta que, como diría el periodista y escritor Hunter S. Thompson, las cosas se vuelven raras, momento en que lo raro se profesionaliza. O, como mínimo, se institucionaliza.

El caso de Bill Gates es, en realidad, una entre las muchas puertas de acceso al fenómeno de la conspiración que podríamos haber elegido. Uno de esos casos en los que la verdad aparente, o el mundo tradicional que experimentábamos hasta el momento, empieza a tambalearse dejando a la vista lo que muchos creen entender como una verdad inherente y, qué decir, oculta. A partir de entonces, cada cual debe decidir si quedarse en el sendero conocido o, como la Alicia de Lewis Carroll, dar un paso a través del espejo y enfrentarse a lo que sea que se encuentre allí. Poco antes de la extraña manifestación de Callao, el cantante Miguel Bosé utilizó sus redes sociales como altavoz para propagar el que podríamos considerar mejor (o, en todo caso, más sucinto) resumen sobre las teorías de Gates que se contaban a través del espejo en los duros y confusos primeros meses de la pandemia:

La farmacéutica GAVI, para quien no lo sepa, es propiedad de la Fundación Bill & Melinda Gates, los especialistas en vacunas fallidas que tantas víctimas han causado alrededor del mundo. India los ha expulsado y denunciado. África aún acarrea sus consecuencias. Kenia ha destapado sus atrocidades. Bill Gates, el eugenésico, se olvida de la existencia de la maldita hemeroteca, y en el pasado habló reiteradamente de más sobre su proyecto de vacunas que portarían microchips o nanobots para obtener todo tipo de información de la población mundial con el único fin de controlarla. A estas se les podrían añadir también diversos metales, aún más tóxicos que los que ya incluyen, adyuvantes ilegales o el llamado

«polvo inteligente», todos ellos atentando contra nuestra salud y sin nuestro consentimiento. Llevada a cabo esta fase, y una vez que activen la red 5G, clave en esta operación de dominio global, seremos borregos a su merced y necesidades^[5].

No fue el único: Enrique Bunbury también utilizó Twitter para compartir un cartel del #ExposeBillGates Day of Action (o «Día de la Acción #ExponedABillGates»), un evento que pretendía organizar a la población para asaltar las calles y «esparcir la verdad acerca de la agenda de dominación» del multimillonario. Días más tarde, el músico publicó una carta donde denunciaba el acoso al que había sido sometido tras la publicación. Además, recordaba que era culpable solo de lo que dice y escribe, no así de lo que el receptor entienda, pero subrayando que, en el tema de Bill Gates, «no hay nada de conspiración, a mi parecer. Son sus palabras las que son cuestionadas por muchas personas en el planeta. Palabras que son fácilmente localizables en internet y en sus discursos. Puedes dudar de sus intenciones o creer en la bondad de sus actos a pies juntillas, pero los datos están ahí, solo es cuestión de valorarlos según tus códigos morales o filosóficos».

Lo que Bosé y Bunbury describen aquí son las bases de un fenómeno, el pensamiento conspiranoico, que tiene a sus espaldas siglos de historia y que ha demostrado una y otra vez una capacidad para mutar y adaptarse a todo tipo de contextos, similar a la que podríamos atribuirle a un virus. La Fundéu admitió el término «conspiranoia» como válido en octubre de 2019 –evidentemente sin saber lo que se nos venía encima– definiéndolo como la «tendencia a interpretar determinados acontecimientos como fruto de una conspiración». Antes, el diccionario General de Vox se refería a ello como la «convicción obsesiva de que determinados acontecimientos de relevancia histórica y política son o serán el resultado de la conspiración de gru-

pos de poder o de un grupo de personas influyentes». La Fundéu señala al sociólogo Enrique de Vicente como acuñador del término en castellano, fruto de la fusión entre las palabras «conspiración» y «paranoia». La conspiranoia puede ser un interés o una forma de vida (a menudo arranca como lo primero para, poco a poco, terminar convirtiéndose en lo segundo). Por ello, el objetivo del libro que tienes entre manos es bien sencillo: dilucidar qué mecanismos históricos y sociológicos se pusieron en marcha hacia finales de la década de 2010 para que el planeta entero viviese ese lento e inexorable proceso de transformación del pensamiento conspiranoico, de interés a forma de vida, sin darse apenas cuenta. Un mundo en el que cantantes pop de primera línea comparten en público teorías recién extraídas de los márgenes, extrañas iniciativas populares son instrumentalizadas por movimientos ideológicos de difícil categorización (el Colectivo Resistencia Democrática era quien decía estar también detrás de las caceroladas patrióticas en la calle Núñez de Balboa), ciudadanos aparentemente razonables se ven empujados a la acción a través de *hashtags* en redes sociales y cada nuevo ciclo de noticias parece llevar incorporadas nuevas narrativas de sospecha, sin importar lo excéntricas o delirantes que puedan parecer a simple vista.

Y, como tantas otras parcelas de la vida moderna, esto es algo que se puede explicar a través de un episodio de *Los Simpson*.

LEYENDO SOMBRAS EN LA CAVERNA

En «El abuelo contra la impotencia sexual», sexto episodio de la décima temporada de la serie, el abuelo Abe Simpson decide ayudar a reavivar la exigua vida sexual de Ho-

mer y Marge a través de un tónico milagroso que, para sorpresa de todos los implicados, funciona. A medida que sus padres empiezan a pasar más tiempo a solas en dormitorios con las persianas bajadas, los niños de la ciudad de Springfield se preocupan. Reunidos en la casa-árbol de Bart, un puñado de las mejores mentes de su generación traza una serie de hipótesis para explicar las cada vez más alarmantes ausencias adultas, entre las que destaca una alianza entre el complejo militar-industrial y los alienígenas para obligar a sus progenitores a retirarse temprano cada noche y, por tanto, dejar a la infancia norteamericana sin cenar. Cuando Lisa sugiere, con una voz rebotante de sarcasmo, que quizá la explicación sea tan sencilla como que todos los padres y madres de los allí presentes se han convertido en vampiros diurnos, la teoría es recibida con los brazos abiertos e incorporada rápidamente al esquema general de las cosas, pues nada impide que los alienígenas y los vampiros puedan convivir en una misma narrativa conspiranoica.

Hay un cómic de Alan Moore y Melinda Gebbie que comparte una situación muy similar. Se trata de una aventura infantil protagonizada por Cobweb, superheroína a la que los lectores de la serie regular *Tomorrow Stories*^[6] conocerán mejor en su versión adulta, por lo que funcionaría como una suerte de precuela para el personaje. En cualquier caso, nuestra detective de siete años cree haber encontrado un alambicado caso de suplantación, dobles identidades y demás facetas comunes del género *noir*... donde solo hay una evidente historia de infidelidad entre tres mayores de edad. Cuando la niña, incapaz de comprender lo que está sucediendo, les expone sus conclusiones, ellos deciden autoengañarse y aceptarlas de buen grado, pues la narrativa inocente resulta más tentadora, segura y cómoda para todos que la dura realidad del mundo adulto.

En ambos casos observamos a niños intentando explicar la razón de ser de unos acontecimientos que, por cuestiones de (in)experiencia, aún no pueden interpretar del modo correcto. Por tanto, lo que hacen es construir interpretaciones erróneas, alambicadas y, sí, conspiranoicas, cuando lo cierto es que la verdad está ahí, fuera de su experiencia vital hasta el momento.

Entonces, ¿es siempre el pensamiento conspiranoico fruto de una mala lectura de las sombras en la caverna platónica? No exactamente, pero hay un elemento muy importante en los dos ejemplos de ficción anteriores: la precipitación o el salto (de fe) hacia las conclusiones cuando los hechos quizá exigían una investigación en mayor profundidad. La mente conspiranoica es capaz de detectar una trama insondable de manipulación de la realidad, donde otros solo ven noticias sin aparente conexión o, incluso, eventos aislados tan relevantes para la historia de la humanidad como el asesinato de Kennedy o el 11-S. Cualquier pequeña pista es susceptible de entrar en relación con otras, pues la conspiranoia es, en esencia, la capacidad para construir un relato convincente a partir de hechos dispares. Por ejemplo, la Cumbre de la Tierra, celebrada del 3 al 14 de junio de 1992 en Río de Janeiro y organizada por la ONU con el transparente objetivo de llegar a una serie de acuerdos generales sobre desarrollo sostenible. Frases tan anodinas como «La protección del medio ambiente debe ser parte de nuestro proceso de desarrollo» podrán engañar a los incautos, pero la mente conspiranoica tiende a ver en esas declaraciones de buenas intenciones la punta de un iceberg tenebroso. Así, muchos conspiranoicos leyeron el llamado Programa 21 (en sus palabras, «Agenda 21») como el manifiesto en código de un comunismo global que, tras la caída del muro de Berlín, se había infiltrado en Naciones Unidas, ONGs y demás organismos aparentemente respetables para «conseguir que el 90% de la población mundial fuera asesina-

da a través del aborto y segar otras vidas a través de enfermedades, hambre, guerras, colapso económico [...] o la distribución de vacunas y medicinas que producen una muerte lenta».

Si te sorprende encontrar referencias a vacunas asesinas veintiocho años antes del plan de dominación global de Bill Gates, no debería. Una de las bases del pensamiento conspiranoico es que todo está conectado, luego es muy difícil encontrar un complot insidioso de alcance internacional que se produzca en el vacío. En realidad, todo podría tener su origen en el movimiento antivacunas, bautizado a principios de 2019 por un estudio del Dartmouth College de Hanover (Estados Unidos) con el nombre de «histéresis», pero que realmente tiene sus raíces en el siglo XVIII, cuando diferentes eminencias religiosas del Reino Unido comenzaron a oponerse a la inoculación por considerarla pecaminosa. Si las enfermedades eran enviadas por Dios como castigo por nuestros pecados, cualquier intento de frenar esa injerencia divina a través de la ciencia debía ser, por definición, inmoral y obsceno. El virus antivacunas fue evolucionando con el paso de los siglos, adaptándose a diferentes coyunturas socioculturales hasta llegar a su forma actual, en la que el principal aliado de la histéresis ya no es el diablo (en estrecha asociación con la comunidad científica), sino la nanotecnología. «Nunca he tenido nada que ver con un microchip», declaró Bill Gates en las páginas de *El País*^[7]. «Es difícil desmentir esto porque es tan estúpido y extraño... Repetirlo tantas veces casi parece que le otorga credibilidad. Lo que hace nuestra fundación es invertir dinero para comprar vacunas».

Y eso explica, precisamente, por qué el movimiento antivacunas lo ha colocado en su diana. Solo fue necesaria la sugerencia de que dicho medicamento, esencial a la hora de perseguir la ansiada inmunidad de grupo frente a la pandemia, debería incorporar, con el tiempo, algún tipo

de «certificado digital» que mostrase datos de pacientes que hayan recibido test o se hayan recuperado. De ahí a artículos con titulares fraudulentos como, por ejemplo, «Bill Gates usará microchips para luchar contra el coronavirus» solo hay un paso. Pero esto es solo el principio. La mente conspiranoica se encuentra trabajando en todo momento para detectar tramas ocultas en las noticias del día a día, pero también para anticiparlas de forma activa. Unas declaraciones de Bill Gates sacadas de contexto, unidas al poderoso movimiento antivacunas, pueden dar como resultado una conspiración explosiva, aunque... ¿por qué detenerse ahí? Es evidente que este hombre debe de seguir teniendo contactos (o tentáculos) en el mundo de la tecnología punta, luego añadamos la activación de la red 5G al guiso. Y, solo para revestir el conjunto de una sensación mayor de plausibilidad, señalemos directamente a GAVI (*Global Alliance for Vaccines and Immunization*), una alianza mundial que compra vacunas al por mayor para, así, reducir el precio de la dosis y poder comercializarlas en países aún en vías de desarrollo. La fundación de los Gates participa en ella, al igual que la Organización Mundial de la Salud o UNICEF, pero, a efectos prácticos, podríamos decir que GAVI es una simple tapadera para el matrimonio que, por supuesto, podría ser también responsable directo de la pandemia, tal como venía anunciando (o amenazando) desde el año 2015. Un plan perfecto de «creación de la enfermedad + comercialización posterior del remedio», si no fuera porque un montón de blogs y pódcast *amateur* colocaron en su lugar las piezas del puzzle y, gracias a unas generosas dosis de precipitación, pensamiento mágico, salto a conclusiones y deformación de la realidad con fines especulativos, han construido un relato convincente de abusos por parte de los poderosos, pues ese es el ADN mismo de la conspiranoia.

LA ERA DE LA POSVERDAD

Desde que existe el mundo, existe la conspiración. El historiador Gordon S. Wood razona que, ya que la política solía ser territorio exclusivo de las élites poderosas, el pueblo llano considera los «innumerables complots de la Antigüedad y el Renacimiento» como algo que «se daba por hecho», o como «el proceso natural por el que los gobernantes eran depuestos»^[8]. Es decir, que antes nadie creía necesario dar una explicación a sucesos que, en el fondo, no le incumbían lo más mínimo: se entendía que la propia naturaleza del poder en aquellos siglos llevaba inscritas las luchas intestinas entre diferentes facciones, de manera que un atentado o un golpe de Estado que quitara a unas para poner a otras formaba, simplemente, parte del espectáculo. Nosotros no éramos, en ningún caso, elementos activos en esas maquinaciones palaciegas, pues no se necesitan ardidés para engañar o manipular a la población dentro de una sociedad dividida en castas. Cuando pasamos de ser súbditos a tener un mínimo de voz y voto en la vida política, en el momento en que el progreso social permitió la aparición de los primeros mecanismos democráticos, fue cuando la conspiración evolucionó también gradualmente: de pasatiempo aristocrático a instrumento preciso por el cual los miembros de la élite conservaban su posición de poder, siempre a expensas de los más desfavorecidos.

Es la diferencia entre, pongamos por caso, la llamada Conspiración de Ridolfi, un complot católico para deponer a la reina Isabel I de Inglaterra y sustituirla por su prima, María I de Escocia, y el caso Plame, un escándalo político de 2003 relacionado con la CIA y la supuesta adquisición de uranio en Níger por parte de Sadam Husein. El primero tuvo lugar a espaldas de una opinión pública aún inexis-

tente, mientras que el segundo se desarrolló a través de reportajes de *The New York Times*, testimonios ante el Congreso de Estados Unidos, declaraciones recogidas en prensa internacional y demás procesos abiertos, pues de lo que se trataba, en el fondo, era de dilucidar si el gobierno y los medios habían manipulado la opinión del país en lo referido a una posible intervención militar en Iraq.

Conspiraciones concretas como la de Valerie Plame son todo el combustible que la mente conspiranoica necesita para seguir adelante: si ellos nos han mentado una vez, ¿quién nos garantiza que no lo hagan de manera sistemática? Los cimientos mismos de la conspiranoia son las sospechas de que el sistema está abrumadoramente escorado a favor de una minoría acaudalada y poderosa que no duda, ni por un segundo, en poner a funcionar sus vastos recursos con el objetivo de engañar al ciudadano de a pie. No es extraño, por tanto, que una de las metáforas favoritas de la conspiranoia actual sea esa dicotomía entre la pastilla roja y la pastilla azul que vimos en la película *Matrix* (The Wachowskis, 1999): acepta tu realidad tal y como ellos quieren explicártela o, por el contrario, descubre por ti mismo los hilos secretos de la sociedad; la verdad nunca revelada; el guion que da sentido a todo, oculto al común de los mortales.

En el fondo, se trata de intentar ordenar el caos cacofónico de la vida moderna, lo que no diferenciaría tanto al pensamiento conspiranoico del religioso. En lugar de aceptar que las sociedades contemporáneas han llegado a un nivel tal de aceleración que nos es absolutamente imposible plantear una teoría del todo, la conspiranoia propone una motivación oculta o causalidad que niega el azar, la torpeza inherente a toda burocracia o la multiplicidad de puntos de vista. Solo hay una explicación racional para absolutamente todo lo que nos ocurre: que forma parte de un diseño preestablecido –lo cual es mucho más tranquilizador que la alternativa–. En ocasiones, como